El viaje

Ana desayunó a la misma hora de todos los días. Las mismas galletas de todos los días. Recogió la taza y el plato y los metió en el fregadero. El ruido de la maquinilla de afeitar había cesado. Le preparó a Juan el zumo de naranja.

Dejó correr el agua tibia entre sus dedos y volcó el detergente, pensativa, sobre el estropajo. El rojo de sus uñas resaltaba como la sangre entre la blanca espuma del jabón. Nunca fregaba. La chica de la limpieza llegaba a las nueve de la mañana y tenía llave. Antes de terminar la tarea, Juan entro en la cocina, se bebió el zumo y con la cartera en una mano y un montón de papeles en la otra se acercó a Ana y se despidió de ella con el beso rápido de siempre y recordándole que tenía que ir a la Notaría y después al Registro. Estas últimas recomendaciones las hizo a grito pelado desde la puerta del ascensor. Ana pensó que ni siquiera se había extrañado de verla fregando los platos. Ni aún siendo la primera vez que lo hacía desde que vivían juntos.

Dejó la cocina perfectamente arreglada, sin rastro de la cena, como si la vida se hubiera interrumpido a las tres de la tarde del día anterior, cuando Juan dio por finalizada la discusión sobre el tema de los hijos que comenzasen una semana antes. Como si el olor del pescado, el chisporroteo de la sartén y la grasa de los platos no hubieran existido nunca. Después de seis años de convivencia, Juan había decidido librarla, por fin, de la agonía de la duda: no tendrían hijos. Simplemente no tenían tiempo. Con esta frase daba por finalizados los sueños de Ana de formar una familia como la suya. ¡Tres hijos! Pero, ¿estas loca Ana? Que si, que si, que tú y tus hermanos habéis sido muy felices, lo sé, pero… ¡pregúntale a tus padres por las noches en vela con vuestros resfriados y fiebres, pregúntale! ¡Eran otros tiempos! - Juan continuó con este tipo de razonamientos toda la tarde hasta que ella, sorda e impermeable a sus palabras, preparó la cena. Ana no durmió bien. Estuvo soñando con los veranos azules de cuando eran pequeños. El mar tranquilo de su isla de piratas, como sus hermanos y sus padres la llamaban, el olor a resina de sus pinos, la suavidad de sus barrancos… Una porción de felicidad que sus padres se encargaban de proporcionarles generosamente una

vez al año, sin ese estrés del que continuamente hablaba Juan. Cuando se despertó, se encontró con la almohada húmeda de llanto y una idea instalada en su cabeza.

Después de echar una mirada de aprobación al estado en que había quedado la cocina, se dirigió a su dormitorio, se duchó, se vistió y bajó del altillo del armario dos maletas, la roja que siempre usaba en sus viajes y otra más pequeña con corazones dibujados sobre un fondo azul. Colocó la primera sobre la cama sin hacer y la llenó de ropa de verano, sandalias y bañadores. La segunda no hubo necesidad de abrirla, ya estaba preparada desde hacía unos días. Se miró al espejo contemplando extrañada su imagen, como si la superficie plateada reflejase el rostro de una desconocida.

Bendijo el momento en que decidió aparcar en la calle en vez de en el garaje. El sitio libre, frente al portón del edificio había resultado demasiado tentador. Colocó las dos maletas en el portaequipajes y arrancó el coche. Sólo tardó veinte minutos; el tráfico era muy fluido. Volvió a tener suerte con el aparcamiento y estacionó frente a la puerta de entrada de un edificio de ladrillo rojo muy antiguo. Subió al segundo piso y llamó al timbre. Saludó a la rumana del turno de la mañana y se encaminó directamente, con ambas maletas, al dormitorio principal. Intentó no mirar a la cama y abrió el armario empotrado. La semana anterior lo había ordenado para que cupiese la maleta de los corazones. La introdujo con esmero, acariciando sus viejos refuerzos de cuero. Cuando se volvió, unos ojos hundidos y rodeados de círculos violetas la observaban desde la cama. - Vas a volver allí, ¿verdad? Antes de que Ana sintiese como sus ojos dejaban escapar unas lágrimas, que el aguante y la espera continuados hacían insostenibles, los huecos sin color que una vez fueron los ojos más bonitos de toda la isla, se cerraron, librándola de la obligación de responder. El susurro de esa voz quedó en el aire, manteniendo, como si de un eco se tratase, la frase emitida en continua ejecución, negándose a desaparecer, desafiando las leyes físicas. Ana se inclinó sobre la frente ajada, colocó sus labios sobre las arrugas que despiadadamente la atravesaban y se marchó arrastrando con violencia la maleta roja. Dejó el coche donde estaba y tomó un taxi. El vuelo debía salir a las once. Tenía tiempo de sobra para tomar algo, por lo que, una vez en el aeropuerto, se dirigió con tranquilidad a la cafetería. Intentaba no pensar en nada, pero sospechaba que su decisión había sido demasiado fuerte como para ignorar lo que acababa de hacer. Los juegos de unos hermanos gritando y saltando, la trasladaron a su

infancia, junto a sus hermanos. Recordó la primera vez que sus padres los llevaron a la isla. Nunca habían subido en avión. Ver aquella hermosa mancha de tierra, flotando entre el azul desde el cielo, les pareció un sueño. El primero de los que poblaron sus cabecitas durante todos los meses que, a través de los años, pasaron allí.

Pagó el café y se dirigió a una de las pantallas para comprobar el horario del vuelo. ¡Lo que hacía falta! La palabra "retrasado" en letras verdes acompañaba al vuelo de Menorca. Tiró con desgana de la maleta y buscó un lugar para acomodarse y ponerse a leer. Apenas sacó el libro, recordó la promesa de sus hermanos durante uno de los desayunos en el jardín el penúltimo verano que pasaron en la isla: "el primero que gane dinero cuando seamos mayores, abrirá una cuenta en el banco. Todos los años ahorraremos y no pararemos de hacerlo hasta que consigamos comprar una casa en Cala Galdana para todos". Esa promesa nunca quedó en el olvido. La cuenta la abrió Alberto, que era el mayor, con el dinero que ganó un verano dando clases particulares de Química a los hijos de un compañero de su padre. Rosa contribuyó con el dinero de su primera sustitución en un colegio de las afueras. Ellos dos seguían ahorrando, aún a sabiendas de que nunca conseguirían su propósito soñado, como si no quisieran bajarse del mágico vagón de la infancia. Ana contribuyó en dos ocasiones y muy escasamente. Su marido consideraba una estupidez lo que estaban haciendo. Pero ahora, sentada en una butaca del aeropuerto, Ana se sentía orgullosa de pensar que, quizás, había llegado el momento de recompensar a sus hermanos por sus esfuerzos. No podía olvidar la mirada de su madre esta mañana desde la cama en la que llevaba postrada más de cinco años. Según los médicos no se daba cuenta de nada, como si no estuviese en este mundo, pero Ana creyó ver en sus ojos cierta emoción al reconocer la maleta de los corazones. Fue uno de los regalos de sus padres el día de su Primera Comunión y la estrenó en el primer viaje a la isla de los piratas. La última vez que la usó tenía veinte años, y cuando volvieron aquel verano de Menorca nada hacía sospechar que ésta sería la última vez que harían ese viaje todos juntos. Su padre murió al invierno siguiente y nunca más volvieron a la isla.

Miró de nuevo la pantalla, el vuelo seguía retrasado. Eran la una y media. ¡Dios mío! A las tres de la tarde Juan volvería a casa y se encontraría con el sobre que le había dejado en el hall, sobre la consola del abuelo. Había supuesto que cuando Juan estuviese leyendo la carta, ella estaría deshaciendo el equipaje en el

hotel de Cala Galdana. Empezó a encontrarse mal. ¿Se habría precipitado al tomar esta decisión? Esta mañana le parecía que actuaba correctamente. El tema de los hijos era un obstáculo insalvable en su relación con Juan. Necesitaba tener una familia. La última vez que escuchó una frase coherente de labios de su madre, sintió como se le helaba el corazón. ¿Qué ocurre, Ana? ¿Y tu ilusión por tener hijos? ¿También la has dejado en el camino, como tantas cosas? Podía parecer cruel, pero era del todo cierto que había olvidado muchos, por no decir la mayoría, de los proyectos que alimentó desde su infancia. En cambio, todo lo que sabía hacer era vivir con un hombre cuyo único objetivo parecía ser el de amasar un patrimonio que le permitiese vivir cuando fuese mayor como un auténtico rajá. Y los hijos no entraban de ninguna manera en sus planes de futuro. Ana había aceptado esta decisión de Juan con una resignación cobarde. Apenas había luchado. Sin embargo, había sido desproporcionadamente valiente para decidir abandonarlo sin darle ni la más mínima oportunidad de conocer sus pensamientos. Valiente para meter en su maleta de corazones los duplicados de todos los documentos de las propiedades que tenían entre los dos y las joyas que había heredado de su madre, amén de las que Juan le había comprado durante estos años. Valiente para haber hecho una transferencia, en la mañana de ayer, de los dos millones de euros que tenía, a una oficina de La Caixa de la isla balear. Era el

precio de la casa que había visto por Internet. Era el precio de su sueño y el de sus hermanos.

Lentamente, sin oponerse a ellos, Ana fue recobrando recuerdos de sus años con Juan. Fueron calando en ella como las gotas de una lluvia fina, insistente y tranquila. Llegó a la conclusión, con un sabor amargo en la boca y una pena atenazándole la garganta, de que se había precipitado. Que Juan no se merecía lo que le estaba haciendo. Que a ella le habían enseñado a solucionar las cosas de otra forma: afrontándolas y, sobre todo, luchando por lo que creía.

Se levanto despacio, como si los pies fuesen incapaces de arrastrar todo el peso de su aparente equivocación, con el corazón al borde del alma. Se detuvo como una autómata ante la pantalla para descubrir con sorpresa que se había precipitado hasta para leer los datos del vuelo. Aún estaba a tiempo de tomar ese avión, pero su corazón había cambiado ya sus planes, convirtiendo en oración suplicante el deseo que su mente repetía con ansiedad. "Que Juan no haya llegado aún a casa, por Dios".

Nunca veinte minutos se le hicieron más lentos ni quince kilómetros tan largos. Cuando el taxi la dejó frente a su casa, Ana estaba pálida. Triste por cómo habían ocurrido las cosas. Pagó al taxista y se dirigió a su casa, mirando al suelo, como si entre los adoquines pudiera encontrar la explicación a su repentino comportamiento, y acompañada de una maleta que pesaba más que cuando salió esa mañana de casa. Al abrir la puerta, sus ojos se dirigieron abiertos y llenos de esperanza a la consola de la entrada. El sobre no estaba y el corazón de Ana se disparó. El tiempo se paró durante unos minutos que a ella le parecieron días, semanas, toda una vida. Se dirigió al dormitorio, chocando alternativamente la maleta y su bolso contra las paredes del pasillo. Soltó ambos en el suelo y paseó la mirada por la habitación: estaba desordenada y las puertas del armario de Juan abiertas de par en par. Cajas de zapatos vacías, perchas solitarias y dos o tres corbatas pasadas de moda, conformaban el tétrico paisaje de un armario sin vida. Abrió con resignación el altillo, a sabiendas de que no encontraría la maleta preferida de Juan.

¡Había llegado tarde! ¿Dónde habría ido Juan? ¿Qué habría pensado al leer su carta de despedida? Se desplomó sobre la cama y estuvo llorando hasta que el cansancio y la pena la sumergieron en un sueño profundo. El timbre del teléfono la hizo saltar de golpe. Era él. Se disculpó por no llegar a tiempo para comer y por el estado en que Ana habría encontrado el dormitorio. Comprendía que se había retrasado mucho pero le explicó a Ana que no había podido dormir en toda la noche. Que entendía que no había sido justo durante todos estos años en los que se había opuesto a formar una familia con ella. Y que había pensado que quizás, si los dos hiciesen un viaje lejos, a un lugar donde ella disfrutase… a lo mejor podrían llegar a un acuerdo. - ¡Ana! No me dices nada. ¿Tan enfadada estás? Dime algo por favor. ¡Ya veras, hablaremos y lo arreglaremos todo, mujer! - Ana soltó una carcajada y le dijo que si. Que estaba de acuerdo. Sorprendido ante su reacción, Juan enmudeció unos minutos para explicarle a continuación que tenía dos billetes de avión, que los había conseguido en el último momento y que reconocía que todo era un poco precipitado, pero que hiciese la maleta cuanto antes y se fuese para el aeropuerto.

Ana tomó de nuevo su maleta roja y se colgó el bolso del hombro con alegría. Se dirigió a la puerta de entrada y, antes de cerrarla, miró a la consola. Sobre ella no había nada, pero debajo, de pie contra la pared y

difuminado entre las sombras, la superficie blanca del sobre reflejaba la tenue luz que, como una herida, entraba desde el pasillo. Ana se agachó y, tomándolo entre sus dedos lo hizo pedazos.

Cuando llegó al aeropuerto, divisó a Juan de espaldas, leyendo la pantalla con atención. "Menos mal que la situación se ha normalizado, porque algunos llevan retrasados toda la mañana"- Juan la miró con cariño, con la mirada de esos hombres que, aunque no saben pedir perdón con palabras, lo piden con los ojos, con los gestos.

Cuando subieron al avión, se llevaron la agradable sorpresa de que el asiento de la ventanilla estaba libre. Esperaron a que el comandante anunciase el despegue y Ana se trasladó a éste. Se quedó dormida entre los brazos de Juan antes de preguntarle dónde iban y, cuando abrió los ojos, la isla de los piratas se extendía como una alfombra bajo su vista. El sol cubría de llamas el cielo del atardecer. ¡Que suerte hemos tenido de que el pasajero de la ventanilla haya perdido su vuelo! ¿Verdad? Ana sonrió y cuando Juan hojeó por enésima vez la revista de las inmobiliarias de la isla, Ana sacó con disimulo el billete que llevaba un par de días guardado en su cartera, el del asiento de la ventanilla. Lo rompió y guardó sus pedazos en el bolsillo de su pantalón.